



...de unas voces que croan como si fueran ranas y vinieran dentro del viento a golpe de remolinos. ¡Croac, croac...! (N.Roset)

El adiós al calor...

Hay pueblos, a los que se les ahueca la voz como para nombrar la elle, y dicen ¡llueca! ensanchando las alas con el más perfecto de los sonidos, y ¡llanto! con elle, que expande los pulmones en hipidos, y también ¡llama! que relanza los humos entre las triscantes chispas del fuego. Se les ensanchan los pechos para decir ¡pollo y gallina!... Es por eso que se les oye en el eco solemne del viento acompañando a los gallos quiquiriqúes.

A otros pueblos se les llenan de aire las cunetas, las zanjas someras junto a los caminos y las carreteras, pero a veces también escurren, como la fuente de la rana que cuando llueve mana, sus goterones de agua hasta las charcas y se dejan encerrar en los chasquidos retumbantes de unas voces que croan como si fueran ranas y vinieran dentro del viento a golpe de remolinos. ¡Croac, croac...!

Otros pueblos manifiestan el runruneo o murmullo de palomas en su arrullar constante y continuo...

Las avispas en otros, con las abejas, murmurando zumbidos entre las hiedras y enredaderas o junto a los manantiales y a los estanques.

En todos ellos algún ladrido aéreo recorre las nubes para despertar deseos o para saludar a caminantes...

El pueblo de mi abuela es un gorgojo de quiquiriqúes.

El camino, en cambio, es la suma de senda con praderillas albardadas de verde, que discurre junto a la acequia, conjuntadas las dos: la senda y la acequia, en alargadas y amorosas compañeras.

La sequía amarillea los restos de hierba. Son rastrojos de vientos.

El otoño rocía con escasas escarchas matutinas que a ratos se reflejan, por olvido de lluvias, en opacos eriales de sequedad, pero entonces la naturaleza calla y el resol recuece las grietas de los labios de la acequia.

Los abuelos miran y remiran con destemple, con fatiga que no da sudores, a la espera siempre de nubes rellenas de húmedas amenazas. Las más ennegrecidas presagian malas aguas.

Los soplidos del otoño arrastran semillas por las tierras y algodones por el cielo..., al final todos caen sobre los campos, aquellas serpentean con las brisas hasta agujerear el suelo... los otros van y vienen, y se ven y no se ven, a la espera de nieves... como si fueran espadas de Damocles..., amenazantes.

Las semillas penetran por las puertas y ventanas de las casas de los insectos y pierden el respeto a los gusanos, a los ratones, a las cigarras y a todo bicho viviente que tiene la puerta abierta y se cuelan por ella, luego, se despiertan todos juntos en la primavera y nacen y renacen a la vida. Ahora, unos y otras se cobijan de soles en las grietas de la tierra reseca...

La senda y la acequia son gritos de sed directamente dirigidos a los cielos.

El otoño echa los cerrojos a las madrigueras...

Amenaza con sus misivas de frío...



Los goterones de agua hasta las charcas...